

SEÑOR REDACTOR.

He leído con gran seriedad y atención lo que dice Vd. en uno de sus últimos ensayos, contra la costumbre de pintarse, y ha hecho en mi alma tal impresión, que en el instante mismo arrojaría yo los claveles y jazmines que he comprado, y me contentaría con la cutis con que plugo á la naturaleza cubrir mi cara, si no fuese por una consideración de la mayor importancia, y es, que dentro de pocos días debo casarme con un caballero de bienes de fortuna muy superiores á todas las esperanzas que podría yo haber alimentado en mi natural palidez, y que conozco ha sido atraído principalmente por la frescura y colores de mi rostro; pero puede Vd. contar con que no volveré á pintarme un mes después de mi casamiento. Ruego á Vd. Señor Redactor, no sea severo conmigo aplicándome la ley con que amenaza á las culpables endurecidas. No puedo creer sea Vd. tan cruel que quiera privar á una novia de la felicidad de la luna de miel. Quizá pasada esta época, será cosa indiferente á mi marido que sea yo morena á rubia, pero aunque no sea así, un cambio de cutis no es materia de divorcio, por las leyes antiguas ni por las modernas.

Soy de Vd., etc. — *Carmen Pintoja.*

VIAJE CÓMICO DE UNA FAMILIA INGLESA Á PARÍS.

(Carta que bajo las iniciales R. D. dirigió Lord Chesterfield al Redactor del Mundo de Londres.)

SEÑOR REDACTOR.

Considero á Vd. como un suplemento á la ley de la tierra, y entiendo que la autoridad de Vd. comienza en donde termina el poder de la ley. Ésta fué hecha para impedir el progreso de los crímenes con el castigo de ellos, y el periódico de Vd. parece calculado para contener las locuras exponiéndolas al ridículo. ¡Ojalá sea Vd. en lo último más afortunado de lo que es la ley en lo primero!

Bajo este principio paso á imponer á Vd. de mi asunto. Aunque pueda parecer ridículo á muchos lectores del *Mundo*, aseguro á Vd., señor redactor, que el caso es para mí muy serio, á pesar

del maligno consuelo que pueda yo sentir, viendo que mi mal ha llegado á ser común.

Soy hombre de mediana fortuna; vivo la mayor parte del año en la ciudad, y el resto en alguna de mis propiedades rurales. Me casé con arreglo á mis circunstancias. Mi mujer no carecía de fortuna, belleza, ni entendimiento. Discreción y buen humor de su parte, y bondad y suaves maneras de la mía, contribuyeron á que viviésemos agradablemente durante diez y ocho años. Un hijo y una hija han sido nuestra única progeñe, y los educamos según la costumbre. Mi hija aprendió algo de francés y de baile, y mi hijo pasó nueve años en el colegio para aprender las palabras de los idiomas muertos hace siglos, y todavía no resucitados á medias. Cuando lo saqué del colegio resolví enviarlo fuera del país. Mi mujer aprobó la idea, pero agregó una propuesta en que mostró mucha solicitud. Querido, me dijo, creo que tienes razón de enviar á Jorge fuera del país, porque á mí me gusta la educación extranjera, aunque me prive de ver al muchacho por largo tiempo; pero ya que su ausencia debe durar tanto, ¿por qué no aprovecharíamos la oportunidad de acompañarlo solamente hasta París? El camino equivale á nada; un poco más lejos que nuestra casa de campo en el Norte; de este modo economizaremos dinero, porque todo es más barato en Francia. El viaje formará á la muchacha, que ya tiene edad para ello; un par de meses con un buen maestro de francés y otro de baile, especialmente para ambas cosas, y le darán el aire y las maneras que la favorecerán en estos tiempos tan escasos de maridos, especialmente para jóvenes de poca fortuna. Varias amigas mías, que últimamente han ido á dar una vuelta á París, creen que seguramente aprovecharemos esta ocasión de ir allí. Además, querido, como ni tú ni yo hemos salido nunca del país, esta pequeña excursión nos divertirá y nos mejorará, porque es la cosa más fácil del mundo introducirse en las mejores sociedades de París.

Apenas había mi mujer terminado su discurso que fácilmente conocí era estudiado, cuando mi hija empleó su corta elocuencia para apoyar la propuesta de su madre. Sí, querido papacito, me dijo, vamos con Jorge á París, será la cosa más linda del mundo: veremos todas las modas nuevas y aprenderé á bailar con Marcelo; en fin, después del viaje seré enteramente otra criatura. Ya Vd. ha visto cuánto mejoró mi prima Lola con su viaje á París el año pasado; apenas la conocía yo cuando regresó. Sí, papá, vamos.

Esta propuesta me pareció desde luego disparatada y llena de

inconvenientes, aunque no tantos como había creído antes. Sin embargo, conociendo que la contradicción abierta, aunque sostenida con los mejores argumentos, no era el medio más adecuado para convencer á una mujer controvertista, aparenté indecisión, y me contenté con decir que á primera vista no veía yo las ventajas que ella me había enumerado y sí muchos inconvenientes; que yo no había observado muchos hombres de mi edad muy mejorados con sus viajes; pero si había visto últimamente muchas mujeres de la de ella, hacerse ridículas con los suyos; y que en cuanto á mi hija, como no poseía grande fortuna, no veía yo necesidad de que fuese de gran tono. Pues por esa misma razón, papá, dijo mi hija, debo ser de gran tono. La elegancia equivale muchas veces á tener fortuna, y yo he conocido varias mujeres, cuyo garbo, vestido y otras prendas les han valido de dote. No, ya se ve, dijo mi mujer, la muchacha tiene razón; y sí con su figura adquiere un poco de desembarazo en sus maneras, no sé por qué no podría esperar razonablemente casarse tan bien como la señorita Correcalle, ó las dos señoritas Donaires, que ninguna de ellas tenía rico dote. Por todo esto conocí que el ataque era concertado, y que ambas se hallaban fuertemente infectadas de la epidemia de emigrar, que últimamente ha reinado en Inglaterra, y lleva todos los años á París, multitud de familias, á caer allí en ridículo como inglesas, y á su regreso aquí como francesas; de manera que se me ha asegurado que los franceses llaman á los enjambres de ingleses que en cierto modo recorren la Francia, una segunda invasión de godos y de vándalos.

Procuré en lo que pude, evitar la locura que me amagaba, con retardos y persuasiones suaves, pero en vano; los ataques cayeron sobre mí diariamente, reforzados á veces con lágrimas. Por fin, cedi, llevado de mi buen natural, á las importunaciones de una mujer y una hija queridas; sin que haga yo mención del deseo de conservar la paz doméstica, que es, con más frecuencia de lo que confesamos, el verdadero motivo de muchas cosas, que hacemos ú omitimos.

Una vez arrancado mi consentimiento, comenzó la urgencia de la marcha. El viaje no necesitaba preparativos; todo debíamos encontrarlo en Francia. Mi hija que hablaba algo de francés, y el ayo de mi hijo que era suizo, debían ser nuestros intérpretes en el camino; y cuando llegásemos á París uno ó dos criados franceses allanarían todas las cosas.

Pero como si la Providencia hubiese querido castigar nuestra

locura, el camino fué una serie de calamidades. Apenas nos habíamos alejado una legua de Dover, cuando se declaró una violenta tempestad, en la que por poco perecemos. Nada podía igualar nuestros temores sino nuestro mareo, que quizá los disminuyó. Por último, logramos desembarcar en Calais, en donde la aduana inexorable nos despojó de la mitad de lo que llevábamos. Paso en silencio las contrariedades de nuestro viaje de Calais á París. En esta ciudad encontramos el alojamiento que nos había preparado nuestro banquero. Aquí comienza la grande escena. Mi mujer y mi hija que se habían desalentado bastante con nuestros trabajos, recobraron todo su espíritu, y se mostraban de lo más impacientes para consultar con los artesanos, cuando por fortuna, nuestro banquero y su mujer, informados de nuestra llegada, vinieron á visitarnos. El bondadoso banquero me traía quinientas libras esterlinas, asegurándome que bastaban para nuestra primera instalación, como él la llamó, al mismo tiempo que su mujer indicaba á la mía el medio más corto de gastar tres veces más. Yo le contesté que esperaba que aquella cantidad bastaría para todo nuestro viaje; pero él me contestó firmemente. No, señor, ni seis veces otro tanto, si es que Vd. se propone, como no lo dudo, comparecer aquí *honnêtement*. Esto, lo confieso, me asustó mucho, y dije á mi mujer: ¿has oído? Si, me contestó; pero ahora que nos hallamos aquí no hay remedio; á bien que sólo es por una vez, en ocasión extraordinaria, y uno no querría aparecer entre extranjeros como un estropajo. Ninguna respuesta di á este sólido raciocinio; pero resolví en mi alma acortar nuestra morada y disminuir nuestras locuras todo lo posible. Mi banquero, después de haberse encargado él mismo de procurarme un coche y un lacayo, nos invitó á comer el día siguiente en su casa, asegurándonos que no encontraríamos en ella mala compañía. Debía conducirme con mi hijo á ver los monumentos públicos antes de comer; y su mujer venir á buscar á la mía y á mi hija para llevarlas á los almacenes de más fama para que se equipasen *honnêtement*. La siguiente mañana me divertí bastante viendo varias cosas, mientras que mi mujer y mi hija se divertieron mejor preparándose para ser vistas, hasta que nos reunimos en casa de nuestro banquero, que, como ejemplo de la brillante compañía que nos había anunciado, nos presentó al doctor Faceto y al capitán retirado Tragaldabas, irlandeses; á los Sres. Droguero y Conspirante, escoceses fugitivos, y á un joven también escocés, llamada Cortejo, que estudiaba obs-

tetricia en el *Hôtel-Dieu*. Cierta es que lamentó que el Sr. Beberón y el Sr. Copallena, con sus familias, que había invitado á comer con nosotros, se hubiesen visto desgraciadamente comprometidos á ir á gustar el aguardiente de Neuilly. Á pesar de lo indiferente que suena esta compañía, y de que habríamos sentido tenerla en Inglaterra, aseguro á Vd., Señor Redactor, que fué la mejor que tuvimos mientras permanecimos en París.

Omitiré muchas circunstancias que me inquietaron, aunque podrían dar que reír á los lectores del *Mundo*, con el fin de llegar á las más substanciales.

Á los tres días los diversos artesanos encargados de disfrazar á mi mujer y á mi hija, trajeron las respectivas partes de esta transformación. Toda la mañana y parte de la tarde se empleó en esta maniobra, de modo que la comida se sirvió muy tarde. Cuando mi mujer y mi hija vinieron por fin al comedor, en donde había yo esperádoles dos horas por lo menos, me hizo tal impresión su cambio, que no pude ocultar ni expresar mi asombro. Ahora, querido, me dijo mi mujer, podemos presentarnos un poco como cristianos; y como cómicos de la legua, le contesté, porque así he visto en las ferias á la respetable Sisigambis y al amado Parisatis. Eso no puede ser serio. — Cuenta con que es muy serio, replicó mi mujer, y te ruego me digas qué ves en ello de ridículo. No hay tales Sisigambis ni Parisatis; Isabel sólo tiene diez y seis años, y bien sabes que la tuve á los veinticuatro. Como vi que el nombre de Sisigambis, que lleva consigo la idea de los años, ofendía á mi mujer, dejé de lado el paralelo, y dirigiéndome á ambas, les dije que notaba de que en París había un pintor que usaba colores más vivos que Rigault, aunque estaba lejos de retratar como éste, porque apenas podía yo adivinar que fuesen ellas retratos de sí mismas. Á esto contestaron ambas á la vez que el carmín no era pintura; que ningún color en el mundo era fardo, sino el blanco, del cual protestaron que no tenían ninguno. Pero ¿qué le parece á Vd. mi *pompón*, papá? dijo mi hija; ¿no es verdad que es muy precioso? me gusta más que el de mamá. Puede ser así hija mía, le contesté, porque ignoro cuál parte de tu trapería es el *pompón*. Éste, papá, contestó la muchacha llevando su mano á la cabeza y mostrándome en medio de su cabellera una complicación de retacitos de terciopelo, plumas, listones y florecitas de canutillo, colocado todo oblicuamente. Pero; ¡qué has hecho con tu cabello, criatura! le dije, ¿es azul? ¿Es también pintado por la misma mano eminente

que encarnó tus mejillas? De veras, papá, contestó la muchacha, no ha habido ninguna pintura; lo que da á mi cabello ese tinte azulado es el polvo que siempre produce el mismo efecto en los cabellos oscuros como los míos, y realza la tez divinamente. ¡Polvo gris! niña, le dije con sorpresa. Yo sabía que los cabellos canos eran venerables, pero ignoraba hasta este momento que fuesen elegantes. Mucho que sí, en ciertos cutis, respondió mi mujer; yo no lo uso porque no me va. Tienes razón, le contesté, de no jugar con instrumentos cortantes: déjasele á la muchacha. Esto, que quizá dije con precipitación y parecía ser la segunda parte de la Sisigambis, no fué tomado bondadosamente. Mi mujer guardó silencio en la mesa, y yo la creía, pero me engañé, avergonzada. Mi hija, loca con sus vestidos y sus diez y seis años, habló como una cotorra, hasta que llegó el deseado momento de la ópera, que nos separó y me dejó tiempo para reflexionar en las extravagancias que había yo visto, y las mayores que tenía y oración de temer.

Desde este período hasta el momento de regresar á Inglaterra, cada día produjo alguna nueva y vistosa locura, y algunos gastos disparatados. ¡Ojalá y éstos hubiesen cesado como comenzaron, con nuestro viaje! pero desgraciadamente los hemos importado. Ya no me entiendo, ni soy entendido en mi familia: no oigo hablar más que de gran tonoy. Un lacayo francés, que se me dice es muy bueno y propio para todo, vino con nosotros para rizar el pelo á mi mujer, preparar un buen postre, y en caso necesario anunciar las visitas; una joven francesa, desaliñada pero graciosa, ha sido dedicada al servicio de mi hija. Nuestra vianda y toda nuestra comida ha sido tan disfrazada con las preparaciones de un cocinero francés, como mi mujer y mi hija con su carmín y sus trapos. Paso en silencio su inglés afectado y su francés estropeado, que mezcladamente forman hoy su lenguaje. Mis criados, franceses ó ingleses, se disputan y vienen á las manos por falta de palabras con que injuriarse y dar viento á su cólera. Mi mujer, traducida al francés, se ha hecho ridícula, y me atrevo á decir que la versión de mi hija no dará á muchos dignos jóvenes ingleses deseo de leerla. Mis gastos, y por consecuencia mis deudas, aumentan; y soy más desgraciado por estas locuras, que muchas gentes por sus crímenes.

Ruego á Vd., Señor Redactor, tenga la bondad de publicar esta carta, que espero servirá de faro para desviar á muchas familias particulares, de las costas de Francia.

Soy de Vd., Señor Redactor, atento y humilde servidor. — R. D.

DEL POCO BENEFICIO QUE SACA LA JUVENTUD
DE SUS VIAJES.

(Del mismo.)

SEÑOR REDACTOR DEL *Mundo* :

Hace algunos días molesté á Vd. con una relación de los apuros en que me habían metido mi mujer y mi hija, con la manía de afrancesarse, que les atacó en nuestro desgraciado viaje á Paris. Descartaría yo poder asegurar á Vd. ahora el completo restablecimiento de ambas; pero todo lo que puedo decir es, que la violencia de los síntomas parece disminuir, á medida que se enviejecen los vestidos que compraron en aquella ciudad.

Mi desgracia actual proviene de una causa enteramente opuesta, y me aflige mucho más. Los caprichos, afectaciones y antojos de las mujeres, pueden ser ridículos y desagradables, especialmente para los que se ven obligados á ser testigos y mártires de ellos; pero no son males comparables con la obstinación, la extravagancia y el vil proceder de un hijo único, cuyo caso es el mío.

Dije á Vd. que en la educación de mi hijo me había yo conformado con la costumbre de mandarlo fuera de su país, y que lo llevé á Paris, de donde, después de una permanencia de seis meses, debía continuar sus viajes, y dar la vuelta acostumbrada por Italia y Alemania. Creí yo muy necesario que un joven conociese los idiomas, maneras, caracteres y constituciones de otros países, cuya falta he experimentado y lamentado yo mismo. Con el fin de que pudiese frecuentar la buena sociedad, le procuré más medios de los que podía yo disponer convenientemente, y lo confié al cuidado de un tutor suizo, caballero instruido, discreto, bondadoso y de modales muy finos; pero por lo que paso á referir, verá Vd., Señor Redactor, hasta qué punto han sido burladas mis esperanzas.

Durante su permanencia en Paris sólo frecuentó la peor clase de ingleses que allí existen, con los cuales se vió comprometido en dos ó tres enredos, de los que salió sin fatales consecuencias, por el crédito y bondad del embajador inglés. Tomó á sus expensas una mozueta irlandesa, y la paseó en coche alquilado por toda la ciudad, con grande honra suya, de su familia y de su país. No

aprendió una palabra de francés, ni habló jamás á ningún francés ni francesa, excepto algunos epítetos vulgares é injuriosos que les aplicó en inglés muy claro. Su tutor me informó con la mayor honradez de su conducta, que en vano procuró reformar, y me aconsejó que lo hiciese partir para Italia, lo cual ordené inmediatamente. Su manejo allí aparecerá en su verdadera luz por la última carta suya y la de su tutor, de las cuales remito á Vd. una copia fiel :

Roma, 3 de Mayo.

« Mi estimado padre : Durante las seis semanas que permanecí en Florencia, y la que pasé en Génova, no tuve tiempo para escribir á Vd., por hallarme muy ocupado en ver cosas, de las cuales la más notable es la torre de Pisa; es la cosa más rara que he visto en mi vida; se sostiene toda de lado; asombra cómo no se viene abajo. He encontrado multitud de compatriotas, y hemos vivido juntos muy amigablemente. Llegué aquí hace un mes, y diré á Vd. de qué manera paso la vida. Hay aquí muchos ingleses jóvenes de lo más agradables : somos nueve ó diez, tan elegantes y vivos como los mejores de Inglaterra. Almorzamos juntos todos los días, y después, ó vamos á ver las cosas interesantes, ó paseamos en coche por los suburbios de Roma; pero los caballos son malísimos, y los coches van muy despacio. Nos reunimos antes de comer en el café inglés, en donde hay un billar muy bueno y muy buena sociedad. De allí vamos á comer juntos por turno á casa de uno de nosotros. Nos hemos procurado un vino excelente, y después de haber comido volvemos al café, de allí á cenar y luego á la cama. No creo que estos romanos se parezcan en lo más mínimo á los antiguos romanos; son un hato de zorros flacos y hambrientos, y ciertamente que nosotros solos podríamos dar una paliza á cuarenta de ellos. Nunca buscamos su compañía porque no vale la pena; además ninguno de nosotros habla italiano, y ninguno de estos *signores* habla inglés, lo cual prueba qué especie de gentes son ellos. El otro día vimos al Papa en una procesión, pero decidimos sostener el honor de la vieja Inglaterra, y no le hicimos reverencia ninguna, ni nos quitamos los sombreros. Los comestibles y los licores son aquí malísimos, y para hablar la verdad, no he gustado un buen bocado desde que salí de Inglaterra. El domingo de la semana pasada nos vino apetito de comer un buen pudding, pero no fué fácil encontrar los materiales necesarios, y tuvimos que acudir á un lacayo inglés para

que nos lo hiciese. Ruego á Vd. disponga mi regreso á casa, porque yo no veo que mejore uno una pisca viendo todas estas caras y ciudades extranjeras. Pero si no quisiere Vd. dejarme regresar, le pido, por el amor de Dios, que separe de mi lado al impertinente *mounseer* que me acompaña, el cual cuesta á Vd. mucho dinero, y á mí no me sirve de nada. Todos los ingleses se rien aquí de él; es de lo más presuntuoso, y se cree hombre de mucha importancia. Siempre me está moliendo para que vaya yo á las sociedades extranjeras, con el fin de que aprenda yo los idiomas extranjeros y me acostumbre á las maneras extranjeras, como si no debiese yo vivir y morir en la vieja Inglaterra, y como si las buenas sociedades inglesas no fuesen para mí mucho más útiles que todas las extranjeras. Ruego, pues, á Vd. que me haga el favor que le pido, y siempre seré su más obediente hijo, etc.»

La siguiente carta del tutor de mi hijo, llena de juicio y honradez, llegó á mis manos al mismo tiempo que la anterior :

SEÑOR.

« En conciencia me creo obligado á informar á Vd., que el dinero que tuvo la bondad de señalarme para que cuidase de su hijo, es enteramente perdido. Una triste experiencia me ha dado á conocer que de ninguna manera puedo serle útil. He ensayado todos los medios posibles para que corresponda, por lo menos en cierto grado, á las buenas intenciones que decidieron á Vd. á enviarme fuera de su país, pero todo en vano. Cuando le hablo sobre este particular, se rie ó me insulta. Á veces me llama *gavacho*, otras *mounseer Ragout*, diciéndome que me considero yo mismo hombre de finos modales. Diariamente le observo que la intención de Vd., enviándolo fuera de su país, fué que aprendiese los idiomas, las maneras y los caracteres de diferentes países, y que agregase á la educación clásica que Vd. le dió, el conocimiento del mundo y las maneras suaves y desembarazadas de un caballero, que sólo pueden adquirirse frecuentando las mejores sociedades extranjeras. Á esto sólo contesta con una sonrisa despreciativa, diciendo : *Eso es, para ser como Vd.* Quizá habria yo tolerado un poco los vicios comunes á la juventud, si á lo menos hubiesen sido practicados con cierto grado de decencia ó de refinamiento; pero no debo ocultar á Vd. que los de este joven son de los más bajos y degradantes, y confesados de una manera indecente. Nunca he podido decidirlo á que entregue las cartas de

recomendación que Vd. le procuró; dice que no desea tener tal compañía. Le aconsejé que tomase un maestro de italiano, pero lo rehusó redondamente, diciendo que tendria sobrado tiempo para aprender el italiano cuando volviese á Inglaterra; pero ha tomado un maestro de flauta, en cuyas lecciones emplea tres horas diarias. Gastamos mucho dinero, sin que á Vd. ni á nosotros nos resulte ningún honor, bien que el hijo de Vd., como la generalidad de sus compatriotas, se aprecia á sí mismo por los gastos que hace, y considera á los extranjeros que no pueden hacer los mismos desembolsos, como una pandilla de pordioseros y bribones; esto dice de ellos, pero no á ellos, porque lo tratarían como á un verdadero bribón.

Si me fuese permitido dar á Vd. un consejo, sería que ordenase nuestro regreso á Inglaterra inmediatamente. Aseguro á Vd. que los modales y costumbres de este joven, peligrarán mucho menos bajo la inspección de Vd., que bajo la mía en países extranjeros. Imposible le será tener peor compañía de ingleses en Inglaterra, que la que aquí tenemos; pero sea cual fuere la determinación de Vd. sobre este joven, le ruego encarecidamente que me releve del encargo de cuidarlo. Tengo el honor, etc.»

He cumplido los deseos de mi hijo, en vista del consejo de su tutor, ordenándole que regrese á mi casa sin retardo. ¿ Pero qué haré con él en Inglaterra, en donde es probable encuentre ejemplos que fortifiquen su conducta vil y sus maneras despreciables? Mi situación es singularmente desgraciada : afligido por un lado con el gran tono francés y las otras locuras de mi mujer y de mi hija, y por otro con la obstinación, los vicios y maneras despreciables de mi hijo.

Quizá mi desgracia sugerirá á Vd., Señor Redactor, algunas ideas sobre el método de una buena educación general, que expuestas en el periódico que dirige con tanto acierto, puedan ser útiles al público. Con sólo esta mira se ha atrevido á molestar á Vd. por segunda vez su atento servidor, etc.

BORRACHOS DE CALIDAD.

(De Lord Chesterfield.)

Un antiguo amigo mío, discípulo de colegio, vino á visitarme el otro día, y me encontró leyendo el Convite de Platón. Dejé mi libro para recibirlo, pero él, después de los cumplimientos de costumbre, lo tomó diciendo: ¿Me permitirá Vd. ver cuál es el objeto de su estudio? Nada menos que el divino Platón, le contesté yo, aquel filósofo amable.... Con quien, interrumpió mi amigo, Cicerón declara que más bien querría errar, que acertar con cualquier otro. — Mi admiración por él, repliqué yo, no va hasta tal grado de entusiasmo; pero sin embargo, cuando lo comprendo, porque confieso que no en todas partes lo logro, lo prefiero á todos los filósofos antiguos. Su Convite especialmente, me interesa y entretiene, porque veo allí las maneras y los caracteres de los hombres más eminentes de los tiempos más urbanos de la más urbana ciudad de la Grecia. Y con todo el respeto debido á los modernos, dudo mucho si la relación de un convite moderno, aunque escrito por la mano más capaz, sería leído con tanto placer y aprovechamiento. — Yo no sé qué decir, replicó mi amigo, porque aunque respeto á los antiguos tanto como Vd. y veo á los modernos como pigmeos comparados con aquellos gigantes, con todo, si en alguna cosa nos acercamos á ellos, es en la elegancia y delicadeza de nuestros banquetes sociales.

Me sorprendió tanto más esta duda de mi amigo, cuanto que sabía yo que implícitamente suscribía y mantenía con superstición todos los artículos de la fe clásica. Le pregunté por lo mismo, si hablaba con seriedad. Me contestó que sí, y que en su opinión Platón había profundizado con mucha detención y sagacidad el tonto negocio del amor; y que con sólo que yo quisiese ser presentado al club de que él era miembro, creía que yo concebiría la misma duda, ó aun me decidiría en favor de los modernos. Di las gracias á mi amigo por su bondadosa oferta, pero agregué que en cualquiera sociedad de que él fuese miembro, yo podría ser un convidado muy triste. Que por otra parte, mi vida retirada y doméstica era incompatible con las obligaciones de un club, porque mi taciturnidad natural entre extranjeros, estaría fuera de lugar en medio de toda fiesta, alborozo, y ale-

gría. Vd. no me entiende, respondió mi amigo, cada miembro de nuestro club tiene el privilegio de traer consigo á un amigo, sin que por eso éste se halle obligado á ser uno de sus miembros y por lo que hace al silencio habitual de Vd., tenemos algunos miembros taciturnos que por decirlo de paso, no son los peores. Las gentes silenciosas nunca turban la sociedad; por el contrario, siendo buenos oyentes, animan á los buenos habladores. — Pero tengo otra dificultad, contesté yo, irremediable en mi concepto, y es que sólo bebo agua. Mi amigo que es muy aficionado á la botella contestó: Tanto peor para Vd., pagará por el licor que no beba; nosotros no forzamos á nadie; cada uno bebe la corta cantidad que le parece. Lo que presumo, interrumpí yo, es tanto como puede. Tal es el caso, dijo él; cierto es que algunas veces nuestras juntas se prolongan pasablemente; pero yo por mi parte, siempre elijo retirarme antes de las once, porque fio á Vd. mi palabra, la permanencia hasta muy tarde, y no la bebida, es lo que destruye la salud. Como yo conocía que mi amigo se ofendería si no aceptaba yo su invitación, le dije que por esta vez iría yo con él al club, pero le supliqué me diese previamente una idea del carácter de los miembros, para que pudiese yo conducirme propiamente en su compañía. La precaución de Vd. es muy prudente, contestó mi amigo, y daré á Vd. tales informes que cuando se encuentre en medio de ellos no parecerá extranjero. Debe Vd. saber que nuestro club se compone por lo menos de cuarenta miembros cuando está completo. De estos varios se hallan actualmente en el campo; además, han ocurrido varias vacantes que no se llenarán antes del próximo invierno. Las parálisis y las apoplejías han sido últimamente, yo no sé por qué, muy comunes entre nosotros, y se han llevado á muchos. No hace una semana que el pobre Pancho Brindafuerte, cayó repentinamente bajo la mesa, cuando lo creíamos únicamente un poco alumbrado; pero fué conducido á su casa y no volvió á hablar palabra. Los que probablemente encontraremos hoy son, en primer lugar, el marqués Tronera de muy buen sentido, caballero en toda la extensión de la palabra y pasa por hombre de calidad bastante instruido. En su mocedad llevó una vida algo agitada, y minó su salud desvelándose hasta muy tarde y bebiendo vinos acres y claros. Se puede decir que es todavía lo que se llama nervioso; lo cual le hace parecer abatido y reservado al principio; pero se muestra muy afable y alegre luego que ha contentado su estómago con una botella de buen clarete...

Don Pánfilo Meón de la Bebeduría, es un digno minero, de regulares proporciones, que frecuentó mucho la sociedad, y habiendo hecho conocimiento con personas de primera categoría, gastó cuantiosas sumas en convites y francachelas, pero ahora ya marcha de retirada. Es el compañero más franco y festivo del mundo, y aunque de pocas palabras, puedo asegurar á Vd. que no le falta juicio. Recibió buena educación en un colegio y no ignora la literatura clásica. El pobre hombre tiene que vivir la mitad del año encerrado con su gota, y tiene además un escorbuto inveterado que yo no me explico, porque vive con la mayor regularidad; no come más de carne, y eso con mucha moderación; no bebe vinos claros, y nunca permanece tarde porque á las once concluye su dosis completa.

Veremos allí al Coronel Rábido, antiguo oficial de infantería, muy experimentado, aunque sólo es coronel graduado. Entre nos diré á Vd. que se le ha tratado con la mayor injusticia, y que hoy está bajo las órdenes de varios que eran unos mocosos cuando él entró en el ejército. Ha servido en Irlanda y Gibraltar y habría asistido á todas las batallas de la última guerra, si su regimiento hubiese recibido orden de marchar. Da gusto oírlo hablar de la guerra. Es el hombre mejor intencionado del mundo, aunque algo celoso de su honor y propenso á encolerizarse; pero le pasa pronto la cólera y luego lo siente. Temo que se halle un poco hidrático, lo cual proviene en mi concepto de que toma vinos de Champaña y de Borgoña, mal hábito que contrajo en el extranjero.

Don Cándido Flexible es de buena familia, de muy bonita fortuna, visita la mejor sociedad y es uno de los hombres mejor educados; su genio es tan bondadoso, que no parece tener voluntad propia: beberá poco ó mucho según se le pida, no importa qué licor. Ha estado muy en boga entre las damas. Es nuestro novelero, porque teniendo entrada en casa de algunos Ministros, conoce muy bien lo que pasa en el Gobierno; temo que no lo conservemos por largo tiempo porque la tisis de que adolece está muy avanzada, aunque los facultativos opinan que sólo es una debilidad nerviosa.

Juan Ebricieta tiene el corazón en la mano; es compañero excelente, aunque rara vez habla. Nunca abandona el campo, y siempre espera que se vayan todos los del club para retirarse. Es muy erudito y escribe buenos versos latinos. Sospecho que las fuerzas le van faltando, porque una parálisis le acometió hace

poco, y forció su boca de tal manera que ahora se ve obligado á tomar su licor diagonalmente. Con todo, su ánimo no se abate y nunca hace traición á su vaso.

El Doctor Carbunelo es un clérigo sincero y alegre, amigo del gobierno y muy caballeroso. En vez de servir de freno á nuestro club es el que le da vida. Sus luces son muy extensas, y creo que puede recitar de memoria á todo Horacio; por lo menos, sé que siempre lo lleva en el bolsillo. Su cara roja, su nariz inflamada, y sus piernas inchadas, hace que los que no lo conocen lo tengan por muy bebedor; pero con justicia debo decir, que nunca le he visto aturdido con licor en toda mi vida. Cierto es que es muy corpulento, y puede contener mucho, lo cual hace que el Coronel Rábido le llame con bastante gracia, *un vaso de elección*.

El último y más indigno, dijo mi amigo, soy yo, y si Vd. gusta daremos un paseo en la alameda vecina hasta la hora de comer. Consentí en ello y marchamos juntos; pero el lector no llevará á mal que por unos instantes deje á mi amigo solo en su paseo, mientras le doy una idea de su carácter. Ambos estudiamos en el mismo colegio; era hermano menor de una buena familia, fué educado para ordenarse, y estaba para obtener una capellanía en el colegio, cuando murió su hermano mayor; heredó una grande fortuna y resolvió pasar una vida cómoda, es decir, sin hacer nada. Habiendo vivido largo tiempo en el colegio, contrajo todos los hábitos y preocupaciones, la desidia, la saciedad, el orgullo y la pedantería del claustro, defectos que pasado cierto tiempo permanecen para siempre. Considera el conocimiento crítico de las palabras griegas y latinas como el mayor esfuerzo del entendimiento humano, y un vaso de buen vino en la buena compañía como el más alto punto de la felicidad humana. En consecuencia, emplea las mañanas en leer los clásicos, muchos de los cuales sabe casi de memoria, y las tardes y noches en beber su buen vino, que, con la costumbre de gustarlo ha llegado á tomar dos y muchas veces tres botellas por día. No debo pasar en silencio que mi amigo se halla atormentado con la piedra, cuya desgracia atribuye á haber bebido una vez agua durante un mes, por habérselo recetado un facultivo muy hábil, y de ninguna manera por el azumbre diario de clarete que por lo menos ha tomado los últimos treinta años. Pero volvamos á mi amigo. Me equivocaré mucho, me dijo, cuando nos paseábamos en la alameda, si no me agradece Vd. que le haya yo procurado la diversión de hoy, porque la reunión se compone de excelentes

sujetos. No lo dudo, dije yo, y por eso siento mucho más que este club, de tan insignes caballeros, según la relación que me ha hecho Vd. pueda llamarse sin impropiedad, un hospital de incurables, visto que no hay uno solo que no padezca de alguna enfermedad crónica y mortal.

Bien conozco, respondió mi amigo, que lo que Vd. quiere insinuar es que sus males proceden del licor; permítame Vd. le asegure que el vino, especialmente el clarete cuando es bueno y puro, no hace daño á nadie. No contesté una palabra á este aforismo de mi amigo, por no empeñarme en una larga discusión, y porque nos acercábamos justamente al club en donde supuse que semejante aserción sería considerada como principio fundamental.

Mi amigo me presentó á la sociedad del modo que le pareció más obsequioso, pero que confieso me desconcertó un poco. Señores, permítanme Vds., dijo, presentarles á mi antiguo amigo, el ingenioso autor del *Mundo*. La palabra autor llamó inmediatamente la atención de toda la sociedad y atrajo todos los ojos sobre mí, porque las gentes que no son capaces de escribir ellas mismas, tienen gran curiosidad de ver á un autor vivo. Todos los caballeros me recibieron con los cumplimientos y gesticulaciones propias de una buena acogida, y yo por mi parte susurré respetuosamente alguna de aquellas nonadas que ocupan el lugar de algo que uno querría decir y que para el caso valen quizá lo mismo.

Como el día era muy caloroso los caballeros se refrescaban antes de comer con lo que llamaban una fresca cantimplora, de la cual tomaban para beber sucesivamente á mi salud. Cuando llegé mi vez creí que no podría sin ser grosero negarme á beber á la salud de los caballeros, lo cual hice en general; pero ¡cuán sorprendido quedé cuando al primer trago descubrí que esta fresca bebida se componía de aguardiente refino algo rebajado con jugo de limón y agua! La comida que se había pedido más de una vez con impaciencia, se sirvió al fin por haber amenazado el Coronel al dueño de la casa y á los criados con setenta mil diablos si la dilataban dos minutos más. Nos sentamos sin ceremonia y apenas lo habíamos hecho, cuando cada cual, excepto yo, brindó á la salud de cada cual, y esto produjo una especie de ruido tumultuoso. Observé con sorpresa, que la cantidad de vino común era puesta en vasos de enorme tamaño y peso; pero mi sorpresa cesó cuando vi las manos trémulas que los tomaban y para las cuales supongo, habían sido expresamente hechos como

lastre. Pero aun esta precaución no garantizó la nariz del Doctor Carbunclo de un severo choque, al querer llevarlo á la boca. El Coronel, que observó este accidente dijo graciosamente: Vamos, Doctor, creo que es Vd. mal ingeniero: mientras apunte Vd. á su boca le fio mi palabra de que jamás pegará en el blanco. Una batería flotante para dar en el blanco debe dirigir la puntería de arriba abajo. Si Vd. intenta dar en su boca dirija la puntería á la frente ó á la Barba. El buen Doctor agradeció con mucha complacencia esta idea del Coronel. Don Pánfilo Meón de la Bebeduría casi se sonrió, Juan Ebrieta rió de buena gana y toda la compañía aplaudió más ó menos este elegante trozo de sátira. Pero ¡ay! las cosas tomaron pronto un giro menos agradable, porque una enorme anca de vaca, que se presentó después de la sopa, no pareció suficientemente manida ni salada á Don Pánfilo que la había ordenado, y al mismo tiempo el Marqués Tronera encontró malo el clarete, afirmando que no era el mismo que habían bebido el día anterior; *no tiene suavidad, coge la lengua*, agregando que sospechaba se hallaba mezclado con carlón, ó algún otro vino obscuro. Esto interesaba á todos, y excitó la atención general. Cada uno probó el vino y le encontró un defecto diferente. Se mandó venir inmediatamente al dueño de la casa y fué examinado y tratado como criminal; Don Pánfilo le echó en cara la frescura de la vaca, mientras que al mismo tiempo caían todos sobre él por la mala calidad de los vinos, diciéndole que era una indignidad tratar así á tan buenos parroquianos; y en fin, amenazándolo de que se iría el club á otra fondera. El criminal echó la culpa de la vaca al cocinero, prometiendo despedirlo, y atestiguó ante cielos y tierra que el vino era el mismo que habían gustado el día anterior, jurando que era verdadero Château-Margaux, Château diablo, dijo el coronel echando chispas por los ojos. Juan Ebrieta, que se creyó obligado á hablar esta vez, dijo, que no estaba seguro de que hubiera mezcla en el vino, pero que en verdad se resbalaba bien por la garganta. Pues si eso es todo, interrumpió el Doctor, bebámoslo entonces; y si no, pues que no podemos tener el verdadero *Falerum*, contentémonos por hoy con el *vile Sabimim*. ¿Qué les parece á Vds. caballeros, el buen Oporto que estoy convencido es el más sano y estomacal de todos los vinos? Mi amigo, que entrañablemente gusta el Oporto más que ningún otro vino, apoyó muy contento la opinión del Doctor, y habló muy favorablemente de los vinos licorosos en general siendo puros.

En el acto se pidió Oporto, y observé que mi amigo y el Doctor se apegaron á él toda la noche. No pude menos de preguntar al Doctor si en realidad prefería el Oporto á otros vinos más ligeros, y me respondió: Sabe Vd. que la costumbre es una segunda naturaleza, y el Oporto para mí es, en cierto modo, la leche de mi madre porque es con lo que mi Alma Máter nutre á toda su progenie. Acepté silenciosamente este informe del Doctor por estar convencido de su verdad, y atendí á las juiciosas censuras de los otros concurrentes sobre el clarete, aunque al mismo tiempo continuaban tomándolo. Manifesté mi sorpresa á Don Juan Ebrieta, que gravemente me respondió de un modo compasivo: *¿pero qué podemos hacer?* No beberlo, repliqué yo, pues que no es bueno. ¿Pero qué quiere Vd. que hagamos y cómo hemos de pasar la noche? replicó el Barón. Uno no puede irse á su casa á las ocho de la noche. Eso depende, dije yo, de la costumbre. — Hasta cierto grado puede ser así, dijo el Doctor; pero Señor Redactor, puesto que Vd. no bebe más de agua, permítame que le pregunte cómo hace para mantener su espíritu. — Yo Señor Doctor, como nunca lo abato con licores fuertes, no tengo necesidad de mantenerlo. Aquí fuimos interrumpidos, porque el Coronel levantó la voz, indignado contra el Borgoña y el Champagne, jurando que el primero era viscoso, y el otro se hallaba en estado de fermentación, no sin alguna sospecha de estar adulterado con sidra y azúcar candi, no obstante lo cual, bebió un vaso lleno; pero continuó diciendo, creo que todos hemos acabado de comer, ¿no sería mejor mandar retirar los manjares y dejar el vino sobre la mesa? Toda la sociedad aprobó esto, y mientras se verificaba, pregunté al Coronel con seriedad aparente, si alguna parte de los manjares debía servirse de nuevo con los vinos y los licores; esto le sorprendió, diciéndome: ¿Pues qué, aun tenéis hambre? contesté que no, pero le pregunté á mi vez si él tenía sed; no, me respondió; pues entonces, le repliqué, ¿por qué no se ha de comer sin hambre, como se bebe sin sed? Mi amigo quedó tan corrido con mi reflexión, que no me habló una palabra, y sólo me miró con ojos asombrados.

Se retiró entonces el mantel, y fueron puestas sobre la mesa las botellas, los vasos y las servilletas. Ebrieta, que era el perpetuo promovedor de los brindis, tomó una botella que fué circulando para brindar á la salud del rey. Cuando la botella llegó á mi lugar Ebrieta me dijo que aunque era yo bebedor de agua, esperaba que no rehusaría tomar vino por la mencionada salud. Co-

mencé rogándole me excusase, y le dije que nunca debía yo á la salud de Su Majestad, aunque ninguno de sus súbditos se la deseaba más cordialmente que yo; que nunca me había parecido que hubiere la menor relación entre el vino que yo tomara y la salud del rey; y que hasta que llegasen á convencerme de que arruinando mi salud se reformaría la de Su Majestad, estaba resuelto á conservar el uso de mis facultades y de mis miembros para emplear unos y otros en su servicio siempre que él los necesitare. Ya había previsto las consecuencias de negarme á beber, y aunque mi amigo había salido garante de mis principios, fácilmente descubrí un aire de sospecha en los semblantes de todos, y aun llegué á escuchar que el Coronel dijo en voz baja al Marqués: *Este autor es un zorro original.*

Mi amigo se avergonzó de mí; sin embargo, para sostenerme en cuanto pudo, me dijo en alta voz: esta es una de las singularidades que ha contraído Vd. por vivir solo. Desde este instante, la compañía me abandonó á mi singularidad, y no volvió á ocuparse de mí para nada. Yo permanecí apoyado sobre la mesa, aguardando, aunque en verdad sin esperarla, una poca de aquella alegría de convite, aquella urbanidad y aquel buen humor elegante de que mi amigo me había prometido tan larga parte. En vez de esto la conversación fué tomando el carácter de narrativa y se adormeció á medida que se vaciaban las botellas. El Marqués relató sus primeras hazas amorosas y báquicas, el Coronel se quejó, aunque con dignidad, de trabajos é injusticias; Sir George insinuó algunos descubrimientos importantes que había hecho aquel día en palacio, pero cautamente evitó nombrar personas; el Doctor y mi amigo hablaron sobre materias de colegio, y citaron latín; y el presidente se dedicó enteramente á sus negocios, evitando conversar, pero sí ordenando, como: *Vd. tiene la botella; á Vd. toca señalar el brindis; ese brindis ya se hizo; que traigan más clarete* etc. En lo más caliente de este agradable convite, que no había llegado á su zenit, me ocurrió hacia las nueve, y volví á mi casa, en donde se agolparon á mi imaginación mil reflexiones sobre lo que acababa de ver.

ESPÍRITU DE PARTIDO.

(De Lord Chesterfield.)

Nada hay en el mundo más terrible que el espíritu de división que separa á un pueblo en dos cuerpos más opuestos que si formasen dos naciones diferentes. Las consecuencias de semejante discordia son de lo más ruinosas; no sólo respecto de las ventajas que puede retirar el enemigo común, sino de los males que produce en el corazón de casi todos los hombres, porque trastroca las ideas de virtud, y destruye aun el sentido común. Cuando reina en toda su fuerza el espíritu de partido produce las guerras civiles y el derramamiento de sangre; y cuando se contiene en límites más estrechos, no escrupuliza emplear las mentiras, los embustes, las calumnias y las injusticias. En una palabra, llena á una nación de hiel y de rencor, y ahoga las semillas de bondad, de compasión, y de humanidad.

Observaré con vivo dolor, que hay hombres de bien agriados y animados contra sus adversarios por principios de partido, de una manera que me parece incompatible con las luces de la razón, ó los preceptos del evangelio. Nada es más especioso que el celo por la causa del público, ni más propio para nutrir en el corazón de las personas virtuosas ciertas pasiones que nunca habrían excitado su interés particular.

Si este espíritu de partido produce en las costumbres un efecto tan malo, influye con igual malignidad en el entendimiento. Con frecuencia vemos que un miserable impreso es exaltado hasta las nubes por los que profesan los principios del que lo escribe, y que otro excelente escrito, es deprimido por los del partido opuesto. Todo hombre animado de este espíritu, es casi incapaz de discernir los defectos ó las bellezas reales. Un sujeto de mérito, que profesa principios diferentes á los nuestros, se asemeja á un objeto que se examina por medio del agua, ó de un cristal y aunque parece encorbado ó roto, se halla sin embargo entero y recto. De aquí viene que casi á todas las personas distinguidas por sus empleos ó talentos se les atribuyen caracteres tan opuestos como la luz y las tinieblas. Un artículo lleno de injurias personales y de sarcasmos inspidos, pasa por una sátira perfecta, y se califica de elocuente y bien redactado; bien que no sea más que un bodrio de ideas confusas admitidas en cierto partido.

Hay una especie de sofisma usado por ambas partes, y que se reduce á tomar como verdad incontestable, todo lo escandaloso que puede haberse referido de alguna persona, y á fabricar sobre esto especulaciones muy mal fundadas. Calumnias que jamás se han probado, ó que han sido frecuentemente refutadas, son los tópicos ordinarios de estos infames embarradores de papel, sobre los cuales discurren como axiomas admitidos por todo el mundo, aunque sepan en el fondo de su alma que son falsos, ó por lo menos dudosos. Con esta práctica indigna la gloria cesará de empeñar á los hombres en el cumplimiento de sus deberes.

Todos los gobiernos tienen ciertos períodos en que prevalece este espíritu de inhumanidad, y los hombres que viven en tales tiempos deben considerarse como muy desgraciados de haber nacido en una época llena de tempestades y de tumultos. Los espíritus ambiciosos, turbulentos y astutos, y los que medran con la continuación de los abusos, son los que causan estas facciones, y los que bajo el pretexto del bien público arrastran á su partido gran número de personas bien intencionadas. ¿Cuántas gentes honradas no se ven, que alimentan pensamientos poco caritativos por un celo mal entendido en favor del estado? ¿Qué crueldades y qué tropelias no ejercen contra los del partido opuesto á quienes honrarian con su amistad, si en vez de considerarlos bajo la idea que se les da de ellos, los conociesen tales como son en sí? De este modo los hombres más íntegros adoptan errores criminales, y vergonzosas preocupaciones, volviéndose perversos por el más noble de todos los principios, quiero decir el amor patrio. No puedo menos de mencionar aquí el proverbio español que dice que si no hubiese locos ni bribones todo el mundo estaría de acuerdo. Descaría yo con toda mi alma, que todos los hombres honrados formasen una estrecha liga para sostenerse contra los esfuerzos de los que deben considerar como enemigos capitales, sea cual fuere el partido á que quieran unirse. Si hubiese tal cuerpo de buenas tropas neutras, jamás se vería á los hombres malvados ocupar puestos de importancia, porque los tales son útiles á un partido, ni despreciados á los más ilustres porque desdeseñan emplear las prácticas indignas que podrían agrandar á su facción. Entonces se distinguiría á cualquier sarnoso que se introdujese en el ganado y aunque pareciese terrible y robusto, sería acosado hasta derribarlo. Por otro lado, se pondría á cubierto de todo insulto á la inocencia oprimida, y se defendería la virtud, la cual se vería libre del desprecio, del ridículo, de la

envidia y de la difamación. En una palabra, no trataríamos á nuestros compatriotas de puros ó de conservadores; el hombre de mérito sería nuestro amigo, y el pérfido nuestro enemigo. A continuación pongo el formulario que desearía yo suscribiesen todos los hombres honrados, explicando sus intenciones de la manera más simple y clara.

Los infrascritos declaramos solemnemente que creemos en conciencia que dos y dos hacen cuatro, y que consideramos como enemigo nuestro á todo el que tratare de persuadirnos lo contrario. Nos hallamos igualmente resueltos á sostener, á costa de todo lo que más estimamos en el mundo, que seis son menos que siete en todo tiempo y en todo lugar; y que dentro de tres años no serán más de lo que son hoy. Declaramos además, que nos encontramos firmemente decididos á llamar negro toda nuestra vida lo que es negro y blanco lo que es blanco; que nos opondremos en todo tiempo con peligro de nuestra vida y fortuna á todos los que llamaren negro lo que es blanco, ó blanco lo que es negro.

Si hubiese tal asociación de personas honradas, que sin consideración á los empleos tratasen de extirpar á esos furiosos celadores, dispuestos á sacrificar la mitad de su patria á la venganza y los intereses de la otra, como también á todos esos infames hipócritas que sólo buscan su provecho bajo pretexto del bien público; y á todos los que llevan una vida desarreglada y abominable, sea que se adhieran á uno ú otro partido, y cuyo sólo mérito consiste en una ciega sumisión á las órdenes de sus directores; si esto pudiese hacerse, repito que pronto se vería extinguido el espíritu de partido que puede exponer á una nación al desprecio de las demás.

Este espíritu de división afecta tanto más á las almas bien nacidas, cuanto que no sólo destruye la virtud y el sentido común, y hace á los ciudadanos crueles unos contra otros, sino porque perpetúa las animosidades y transmite á la posteridad las mismas pasiones.

DISECCIÓN DE LA CABEZA DE UN PETIMETRE Y DEL CORAZON DE UNA COQUETA.

(Versión del inglés de Addison.)

Concurri últimamente á una reunión de naturalistas, y uno de ellos relató las curiosas observaciones que había hecho recientemente en la anatomía del cuerpo humano. Otro comunicó algunos asombrosos descubrimientos hechos con lentes de prodigiosa magnitud. Esto dió margen á multitud de observaciones curiosas, que procuraron materia para discurrir el resto del día.

Las diferentes opiniones que se manifestaron enriquecieron mi imaginación de nuevas ideas, que, mezclándose con las que antes tenía, ocuparon mi pensamiento toda la noche, y al cabo formaron un sueño de lo más extravagante.

Figuréme que había sido yo invitado á la disección de la cabeza de un petimetre y el corazón de una coqueta, puestos en una mesa delante de nosotros. Un cirujano abrió la primera con la mayor delicadeza, y de pronto nos pareció como si no fuese cabeza de hombre; pero luego que la consideramos con nuestros lentes hicimos un raro descubrimiento, y fué, que lo que tomábamos por cerebro, no era en realidad sino un brodio de materiales extraños, confundidos en aquella forma y textura, y colocadas con maravilloso arte en las varias cavidades del cráneo. Y así como Homero nos dice que la sangre de los dioses no es real sangre, del mismo modo hallamos nosotros que el cerebro de un petimetre, no es verdadero cerebro, sino algo que se le asemeja.

La glándula pineal, que muchos de los físicos modernos consideran como el asiento del alma, despedía un olor muy fuerte á esencia de bergamota y agua de naranaja, y estaba rodeada de una especie de substancia callosa, cortada en mil pequeñas faces ó espejos, imperceptibles al ojo desnudo; de manera que el alma, si alma existió allí, debió hallarse siempre ocupada en contemplar sus propias bellezas.

Observamos un espacioso antro ó cavidad en el *sinciput*, que estaba lleno de lazos, encajes y bordados; todo lo cual formaba una delicadísima obra de randa y aguja, cuyas partes eran igualmente imperceptibles al ojo desnudo. Otro de los antros estaba apretado de billetes amatorios, cartas de citas, contradanzas prometidas, y otras bagatelas semejantes. En otra cavidad